

un tablero descomunal. Le gritó a su jefe que era una basura y a Silvia que la amaba, dijo tantas verdades que le dolía la garganta.

No se calló una sola palabra ante nadie, perdió un amigo y el trabajo. Volvió a su casa arrastrando los pasos por una calle desierta, a las doce de la noche.

Los tres días siguientes, se repitió la figura del pájaro.

Creyó ser libre por fin, creyó haber ganado. Volvió a su letargo fantasmal, al transcurso de los días, a la seguridad de la ausencia.

Sin embargo, aquello que lo rescató del margen y lo convirtió en testigo del abismo, lo despojó de su voluntad al límite de no reconocerse.

El treinta y uno de diciembre, mientras afuera son las doce y estalla el cielo con su fiesta de colores, Julián se sienta en la mesa con un pequeño cubo de madera entre los dedos.

